Epístola 0 – Hola
Escrita la madrugada del 3 de septiembre, 2025.
Título original: *Lamentaciones de un veterano desdichado.*
Emisor: *Zeg Mahnter "Dynzy".*
Receptor: *Inahina.*
Tópico: *Estoy perdido.*

Hola de nuevo, amiga.

Es la madrugada del miércoles cuando escribo esta epístola a una ya partida amiga, 5 años, 1 mes y 3 días desde que ella valerosamente rescató los tiernos cuerpos y mentes de 9 niños de continua explotación infernal, y 9 meses con 4 días desde mi mayor victoria en las infinitas dunas níveas siberianas, el final de un esfuerzo remontado mucho antes de mi propia concepción. Fue el mayor triunfo de la humanidad desde que nuestros abuelos bajo el estandarte de Zhdanov erradicaron efectivamente la viruela. Fueron 9 aquellos cuyo tormento corpóreo había llegado a su fin un lustro atrás, ahora siendo miles los que cuyo grito de auxilio al fin fue escuchado, yo aún a la expectativa de conocer la cifra exacta. Ya sea en los desiertos de Sudan o los frígidos bosques de los Balcanes; en las pampas argentinas, los baldíos aztecas, las estepas mongoles o los llanos franceses; en la urbe neónica niponas o las claustrofobicas calles bangladesí; un sucio cuarto en el ombligo de la nación filipense, o la mansión ostentosa de algún oligarca en alguna isla ignorada pero paradisíaca isla de la Polinesia. Niños y niñas, jóvenes y adultos, de todos los colores, de todos los tamaños, de todos los devenires, de todas las personalidades, aquel mosaico de sueños, esperanzas y vidas, de metas, orgullos y senderos de incontables hilos del mundo al que nacieron, nuevamente retornando con una nueva posibilidad. Un esfuerzo hercúleo de maestros, conserjes y vigilantes; controlado por burócratas, espías, detectives y caudillos, soldados, efectivos y federales, todos hambrientos por un objetivo, una meta, un propósito, en medio de la tempestad de individuos tan similares como ellos, un infierno causados por ellos mismos, y admitido por la avaricia; lujuria e indiferencia humana, una remontada desde el primer hombre, tan natural y conocida que lo raro era que no sucediese, y fue aquí en el que aquella flor brotó, alimentada por nocivos, regada con ácido, y aun así floreció, tan bonito como cualquier otra flor, pero única por sus condiciones externas, y por tanto, la mas hermosa de todas ellas. Eso fuiste tu, amiga, y eso fueron ellas; la tropa, el grosor y los engranajes de esta gran máquina, gracias a ellos, proporcionan luz a un mundo degenerado que lentamente es moldeado por los fenómenos que los mismos quienes la componen producen.

Sin embargo, no siento relevo alguno, no sentí triunfo, mucho menos que hice algo notable, pues pese tener a mis ojos el resultado de sacrificios realizados, me siento más perdido que nunca, querida amiga. Estoy confundido, estoy confundido. Cuando llegó, tras meses de inefable sufrimiento y tormento, la noticia del arresto del lascivo pedófilo, sentiste una sensación de triunfo más potente que cualquier droga, ni la misma heroína, ni el más profundo placer carnal podría ser capaz de replicar tan siquiera en una milésima parte, pues no fue el mundano y efímero deseo corpóreo – tan egoísta, animal y despreciable – al cual complaciste, pero al deber mayor, aquella fuerza tan rara como hermosa que te impulsó en el mayor momento de desesperación a volver y luchar por esos niños, por haber salvado a personas cuyo destino no afectaría en medida alguna tu existencia, a quien no debías nada, ni eran amigos o queridos tuyos, pero aún así ayudaste, porque tu supiste que eran tan humanos como tú y yo, que sentían complejos sentimientos, capaces de dar el más tierno afecto y

cariño por quienes querían como también sentir la más perversa lascivia; de crear y expresar en formas únicas e irrepetibles su sentir, su raciocinio, su intelecto, capaces de querer, amar, odiar y despreciar; tan identificables y cercanos por su vehemente deseo de estar mejor cada vez, como poder tener más de lo que necesitaban, como de no querer el sentir dolor y anhelar profundamente la felicidad, como también añorar el sentirse apreciado y recordado; y tan dispares y foráneos por sus gustos, actitudes, experiencias y costumbres particulares, con formas de personas tan propias e intrínsecas, tan diferentes de lo acostumbrado que en nuestra ignorancia rehusamos muchas veces comprender en su totalidad. Ellos, como los catorce quienes los atormentaban, eran tan humanos y animalescos como los millones que fueron, son y serán de nuestra especie.

Pero tu trascendiste aquellas barreras y a manera de voluntad propia llevaste a tu cuerpo y mente a la periferia de la capacidad humana, lugar en la cual pocos estuvieron pero ninguno de nuestra ralea tanto tiempo y bajo decisión propia como tu; te enfermaste, vomitaste y lloraste; sangraste, te desgastaste, te humillaste, tu dignidad muy bajo había caído, visto desde lo lejos como la patética escena de alguien quien creyó que podía ganar… pero tu combinaste aquel insano esfuerzo con una destreza diplomática y política la cual solo el mismísimo Augusto Octavio podría replicar. Tu y yo sabemos lo que sucedió después, pero pese a que mis éxitos son miles de veces más tangibles e influyentes que los tuyos, si en tu lugar hubiera estado, jamás lo habría logrado, pues fuiste tú, solo tú, contra un sistema entero, mientras que yo fui un general con su ejército contra el de otro. Cuando estaba en momentos de profunda desesperación, siempre me acorde de lo que había logrado contra fuerzas proporcionalmente más terroríficas de las que ni en Estratagema enfrenté, pues yo tenía un Antonio, un Cillman, profesionales y a tres divisiones incursionistas… tu solo te tenías a tí misma, pues aquel quien te metió en el Tártaro en un principio, los dos sabemos que nunca tuvo la intención de terminar con la pesadilla de aquellos que el mismo había sido el averdugo alguna vez; te utilizo y engañó; y por poco escapando fue el que terminó, pero un descuido lo delató y entonces el secreto salió, y pese a una perdición casi segura, volviste y el castigo en todos ellos cayó.

Aun así, todavía escucho los gritos de dolor y suplica de personas con rostros deformes e incognoscibles, una amalgama de todas las víctimas que no pude salvar; me insultan, me maldicen, me aborrecen, mientras que, en mayor cantidad veo a lo lejos bajo un cielo escarlata con montañas de cuerpos de personas vivas y muertas moviéndose y frotándose entre sí que a lo lejos solo aparecen como siluetas negras, los más vehementes luchando por estar en la superficie con tal de poder sentir la brisa del aire liberante mientras gimen pavorosamente con un llanto espontáneo de vez en cuando; veo personas con piernas abiertas y genitales destrozados y sangrientos; personas con heridas expuestas y cicatrizadas, algunas frescas otras podredumbres, cada una siendo única en el aspecto por la forma en que se fueron; veo personas con una ultrajada dorsal absorbido por un hueco gigante que deja un vacío enorme en ellas, sin tripas ni huesos ni órganos visibles, pero que se dejan llevar por las mareas humanas, pues alguien les quitó lo que se les había confiado; veo personas que luchan por subir hasta la cima de las masas, y otros que no oponen resistencia alguna, siendo tragadas por la marea de brazos, piernas y cabezas sudorosas; por encima del contenido cordilleral se encuentran los más fervientes por escapar del tormento, mientras incontables otros están debajo, invisible por y desde afuera, conformando el grosor de los montes, entre visiones borrosas ensangrentadas y olorosa piel humana, incapaces de moverse e indispuestos a hacerlo, lo único que sale de ellos un silencioso sollozo que es llevado por la brisa del viento.

Una lucha sin fin se lleva a cabo, sin distinción alguna hacia quien cae o recibe el golpe, la patada o la maldición. No pelean por odio o por desprecio, pero porque en la cima de los montes hay vislumbres blancas, un lucero que a lo lejos aparecen con torres que rompen las nubes y el cielo, llevando consigo a cientos de cuerpos danzando, flotando en el aire, llevados por aura desconocida etérea hacia un destino desconocido que cualquiera llamaría "salvación"; aun así haya salida, el proceso hasta ahí es doloroso, tortuoso e inimaginable-mente exhaustivo, con la posibilidad de ser reabsorbido por el decadente monte por las miles de manos salientes maldiciendo a quienes osan escalarla, manos de almas rencorosas esperando agarrar al infortunado quien caiga en su trampa, indispuestos a que otros tengan la luz que ellos mismos se les fue negado en un principio. Es fácil resbalarse por el sudor o el grito de alguien por un pisado mal dado, cayendo hacia el abismo, hasta la falda de los montes. Aquella cacofonía, aborrecible por su ruido, una sinfonía de llantos, gemidos, gritos espontáneos y sollozos, conformando una sinfonía que retumba en mi consciencia cuando el bullicio del día se disipa y solo queda un zumbido silencioso acompañado de un estruendo que palpita y sale de los arrabales mentales, entremetiéndose en mis pensamientos, recordándome de lo que hay afuera y de lo que una vez fue, es y será.

Entre todo el caos, sin embargo, emerge un lucero cuyos sentimientos que evoca son tan resplandecientes como las columnas de luz alzándose entre los aires. Veo a grupos de almas quienes activamente apoyan a otras a escalar la cima, un cohorte de personas agarrando y sujetándose mutuamente hasta llegar a la cima; desconocidos apoyándose uno al otro para contenerse unos a los otros pese al esfuerzo y dolor que sus pies ya magullados y callosos, mientras que las manos rencorosas los arañan y rascan incesantemente; un alma como la tuya liderando la marcha con muchas otras hasta el zenit que cualquier esperanza en sus mentes podrá deparar, siendo aquel cabecilla el primero en recibir los golpes, y la última en ser llevada por la luz; personas con músculos desgastados llevando con la única fuerza siendo su voluntad a otros individuos que por sí mismos no pueden valerse, ya sea por su inocencia aún presente o su incapacidad para seguir adelante, cargando como Eneas hizo con su padre durante el saqueo de Ilión; como también están otras ingenuas que dirigen a otras hacia la salvación, pero que ellas se olvidan de salvarse a sí mismos en el proceso. Ver como entre todos ellos aquellos quienes se rinden por el trabajo hercúleo que eso conlleva, ver como en las mareas de humanidad alrededor de las faldas hay incontables personas tiradas y agotadas, indispuestas a seguir escalando la montaña que los desprecia, están aquellos quienes deciden el dolor inconforme a la quietud insidiosa, y ya sea individualmente o en colectivo, ya sea seguidor o líder se llevan a sí mismas o a otras en el proceso hacía aquel vislumbro de luz que desde la base solo es una línea que rompe en la atmósfera rojiza como muchas otras, pero que significa consigo una salvación, prefiriendo un día de desidiosa tormenta a una vida entera de inconformidad que junta trae consigo mas dolor que el primero; un esfuerzo heroico como ninguno otro, el acto más sincero y honesto de todos, reconociendo la brutalidad en la vive, y aun así rebelarse contra ello. Es interesante ver como el más tartárico infierno lo forjamos nosotros con nuestros pecados, y como nosotros mismos somos también capaces de destruirlo para dar lugar con nuestras virtudes al cielo.

Aquella alegoría que explique es lo que describe lo que vi, aprendí y experimente durante los años de Incursión y la guerra en la que estuve, de lo fácil que es ser tan animal y lo laborioso que es seguir la fuerza de la razón, de los matices que he visto en las víctimas rescatadas y aun no rescatadas, y de los diferentes caminos que, millones de personas bajo circunstancias similares pueden tener. Es

revelador, y terrible. Aun así, el ruido de esto me pone inquieto, y trato en la mayor medida de lo posible de ocupar mi tiempo ya sea en temas productivos o triviales, estos últimos haciéndome caer en una adicción la cual hace que mi culpa sea más ferviente, más agonizante, volviéndome más propenso a tener que oír aquella terrible sinfonía, irónicamente en el proceso de querer escapar de la disciplina y labor que me hizo llegar a la tranquilidad en un principio. Había seguido en tus pasos con tal de acallar definitivamente la culpa que sentía por haber traicionado el día de tu denuncia; ahora las furias se han ido, pero lo que queda del remanentes el inseparable recordatorio de lo que hay más allá de mi burbuja y de las consecuencias de mis acciones e inacciones. Es bochornoso, terrible e insoportable, el único castigo que, junto con las artimañas del manipulador Cillman, carcomerán mi ser hasta que cambie a lo que debo yo ser.

Fueron, desde el inicio de la Incursión por 2023 hasta la fecha actual, aproximadamente 800 días, 800 días en guerra, construcción y catarsis, con lo único restante de la turbulenta época siendo las consecuencias –solamente espero que positivas– las cuales se harán más evidentes con el pasar de las estaciones, con miles de vidas que jamás sabrán lo que es pasar hambre y ser el esclavo de una corporación, un conglomerado o algún enfermizo saco de piel con carne y huesos, y la llegada de ayuda psicológica, financiera y social para todos aquellos quienes fueron rescatados en los últimos meses. De mi parte, un canal en el que tu y yo trabajamos, en ruinas y abandonado por su propio creador, con audiencia influenciable, juvenil e ignorante de muchas cosas, pero con un palacio y dos historias por contar, siendo la tuya la elegida pues nada ni nadie creerá lo que yo hice –y prefiero que se mantenga así– hace no mucho tiempo… al final de todo, vuestra historia vale la pena contar mucho más que la mía, especialmente para alumbrar esperanza, como el gran Mayoriano, en una era degenerada, para vindicar el honor de la especie humana. Estaré quebrando la promesa y el trato que tuvimos con aquel señor, y puede que en problemas termine metido, pero veo justificado el hacerlo ahora, pues lo que es compartido será recordado, mientras lo que queda para uno mismo será olvidado.

Tomo demasiado tiempo confesarte mi sentir, y escribir esta epístola fue de las cosas más difíciles que me tomo hacer. Se me cae la cara de vergüenza hablarte después de tanto, pero si me perdonas o no quedará en tus manos. Al final, lo que importa es el legado que todo el esfuerzo de legiones enteras anónimas dejará sobre personas cuyas caras no conocieron ni jamás conocerán.

Tu amigo,
Rodrigo.

Epístola 1 – Dedicada a una perdida amiga
Escrita los días martes y miércoles, 2 y 3 de septiembre, 2025.
Emisor: *Zeg Mahnter “Dynzy”.*
Receptor: *Inahina.*
Tópico: *Mis reflexiones sobre eventos pasados.*

2025… Paz.

Han sido 5 años, 1 mes y 1 día desde que ella salvó a 9 niños de la peor escoria que puede haber… y 9 meses con 3 días desde mi mayor triunfo en aquellas infinitas níveas frígidas dunas. El número de salvados se recuenta en

los miles, aun yo expectante de una cifra exacta, y las voces de las furias, llenándome de culpa por la traición a mi amiga, hace 9 meses que apagaron su tormento. Es el mayor triunfo humano desde los días de Zhdanov y la extinción de la viruela… con el esfuerzo de héroes, burócratas y oradores haciendo eco en los pasillos del panteón de la gloria. Ya sea en los desiertos de Sudan, las claustrofobicas calles de Filipinas, o nodos marítimos del Mediterráneo o Asia; primero fue el choque inicial de voces por fin escuchadas por su clamor, y luego será un cambio global gradual.

Pero mi alma se encuentra inquieta, en un silencio que carcome las fibras y las entrañas de mi ser… y como las víctimas de pedófilos, traficantes de humanos o corporaciones malignas, el caos del conflicto bélico ha callado sus fusiles, pero el dolor que trae el recuerdo sigue en su silenciosa cacofonía. En medio del bullicio guerrillero y maldad humana, extrañaba los días de paz y tranquilidad infantil, ahora busco aquel bullicio con tal de acallar estas voces que resuenan en mi consciencia. Debí haber sentido una sensación de triunfo aquel día… no sentí alguna parecida. Algo me dice que el éxito logrado no perdurará mucho tiempo, pues base sólida no deje cuando me retire. Y vaya desgracia fue la de ser aquel quien decidió tomar las riendas de esta incursión hacia lo desconocido, pues mejores individuos hubo para el trabajo, pero ninguno con la suerte que tuve yo. ¿Y que hay de aquellos cuyas voces retumban en los cuartos con único testigo de su miseria siendo lo que lleva el viento? Ya sea un niño explotado o adulto esclavizado, todas sus voces tan fuertes, pero ninguna junta para hacer un grito de auxilio al unísono.

Veo montes de cuerpos desnudos frotándose y moviéndose entre sí, todos bajo un cielo escarlata sin espacio sideral visible, entre vientos helados que dejan a la piel erizada como el alma abandonada; veo cuerpos con heridas frescas y podredumbres, muchos luchando y haciéndose daño entre sí, varios peleando con tal de llegar a la cima de las montañas de humanidad desdichada; veo cuerpos danzando, flotando en el aire, llevados por un tubo de luz blanca y potente; son los resilientes y persistentes quienes lograron llegar al zenit, y veo muchas de estas luces a lo largo del panorama lúgubre; en la superficie veo personas que luchan y dan todo de si mismas con tal de llegar a lo que cualquier considera “salvación”, mientras que un silencioso sollozo acompaña al aliento proveniente debajo de los montes por aquellos quienes rindieron toda esperanza; veo miles de manos salientes de los montes dispuestos a agarrar consigo a cualquier desafortunado que pisase sobre ellas, miles de almas rencorosas por el dolor que recibieron, indispuestos a dejar que otros consigan llegar a la luz; y escucho desde lo lejos una sinfonía cacofónica y horripilante, compuesta por los sonidos que dejaba este infierno, sollozos como el bajo y gemidos conformando el soneto, con llantos avivando el allegro y el grito esporádico, el allegreto, cuyos compositores son personas vivas y muertas –de todos los devenires– en aquel bautismo, todas tan diferentes individualmente, pero unidas por el hecho de ser víctimas y/o victimarios con el suficiente sentir de culpa. Un escenario sin fin, reabastecido diariamente por novicios o ya conocidos.

Pero, en medio de este infierno –amiga a quien escribo esto– puedo apreciar una vista particular de llama flamante, pues nosotros conocemos muy bien de la maldad que somos capaces de hacer… como también de la bondad

de la que podemos tener. Veo personas que llevaban años escalando la infinita altura de los montes de humanidad, tan llenos de cicatrices y moretones. Están un paso cada vez más cerca, guiados unicamente por su voluntad de seguir avanzando hasta llegar al vislumbre. En las faldas de estos mismos, sin intimidarse por la magnitud del hercúleo trabajo; veo duplas y grupos trabajar en conjunto, todos ellos formados por quienes decidieron no llevarse por la pesadillezca influencia de su alrededor, mientras otros germinan saliendo de entre los cuerpos inmóviles, dispuestos a unirse en este labor exhaustivo. En otros veo almas tan formidables como la tuya, amiga, liderando el avance de decenas o cientos de personas hacia la luz, todos sudando y agitados por el dolor que esto conlleva, pero inspirados por la esperanza de poder salir del tartárico estado, y veo como ellos son los primeros en recibir los golpes, y los últimos en ser llevados hacia lo desconocido por la vislumbre; veo personas cargando a otras más jóvenes, ellas incapaces de llevarse ellas mismas; veo individuos formando un colectivo unido, con la misión de salvar a cuantas muchas personas sea posible en la escalada a la cima; veo ingenuos quienes llevan estaciones habiendo salvado a muchas, tanto que se olvidaron de salvarse a ellos mismos.

Siempre veo en todo lo que he vivido la dualidad de nuestra especie, una tan contradictoria como compleja; una luz en medio de la oscuridad, y oscuridad en medio de la luz. Cada vez me sorprendes más, amiga. Lo que me tomo años comprender, tu ya lo habías hecho estaciones atrás; eres más inteligente de lo que pensaba… eres única. Con razón pudiste lograr algo tan impensable y fantástico cuando nadie más opto hacerlo, mientras que yo padecía contra fuerzas proporcionalmente más leves de las que tu enfrentaste… Solo hace la traición que cometí aquel día más agudo en el dolor que provocó. Estoy viviendo un desorden ahora, pero buscaré y encontraré la forma de contar tu épico como merece.

Tu amigo,
Rodrigo.